

Justin Torres

Lecciones

Traducción de Raquel Rivas Rojas

Justin Torres (1980). Hijo de madre de ascendencia italiana e irlandesa y de padre de origen puertorriqueño, Torres creció en Brooklyn, y trabajó como caminador de perros y vendedor de libros, entre otros oficios, antes de dedicarse a la escritura. Cursó el taller de escritura creativa de la Universidad de Iowa y recientemente ingresó al programa de escritura Wallace Stegner de la Universidad de Stanford. Sus relatos han aparecido en *The New Yorker*, *Granta*, *Tin House* y *Glimmer Train*. Los textos aquí traducidos forman parte de su única novela publicada: *We the Animals* (Houghton Mifflin Harcourt, 2011).

Raquel Rivas Rojas fue Profesora Titular del Departamento de Lengua y Literatura de la Universidad Simón Bolívar, Caracas, hasta septiembre de 2008. Ph. D en Estudios Culturales Latinoamericanos del King's College de la Universidad de Londres. Ha publicado varios artículos en revistas especializadas y los libros *Bulla y buchiplumeo. Masificación cultural y recepción letrada en la Venezuela gomecista* (La nave va, 2001) y *Narrar en dictadura. Renovación estética y fábulas de identidad en la Venezuela perezjimenista* (CELARG, 2010). Su libro de cuentos *El patio del vecino*, será publicado por la editorial Equinoccio en Octubre de 2012.

Publicado originalmente en inglés en *Granta* 104. En: <http://www.granta.com/Magazine/Granta-104/Lessons>

1 Queríamos más

Queríamos más. Golpeábamos los tenedores contra la mesa, hacíamos ruido con las cucharas en las escudillas vacías; teníamos hambre. Queríamos un sonido más alto, más desórdenes callejeros. Subíamos tanto el volumen de la TV que nos dolían los oídos con los gritos de hombres furiosos. Queríamos más música en la radio; queríamos beat, queríamos rock. Queríamos músculos en nuestros brazos escuálidos. Teníamos huesos de pájaros, huecos y ligeros, y queríamos más densidad, más peso. Éramos seis manos crispadas, seis pies ruidosos; éramos hermanos, varones, tres pequeños reyes atrapados en una lucha por más.

Cuando hacía frío, peleábamos por las cobijas hasta que las telas se rompían por la mitad. Cuando hacía demasiado frío, cuando nuestro aliento se convertía en pequeñas nubes heladas, Manny se metía en la cama con Joel y conmigo.

–“Calor corporal”, decía.

–“Calor corporal”, aceptábamos.

–“Queríamos más piel, más sangre, más temperatura”.

–“Cuando peleábamos, peleábamos con armas” –botas y alicates, herramientas de garaje– agarrábamos lo que estaba más cerca y lo lanzábamos por el aire; queríamos más platos rotos, más vidrio quebrado. Queríamos más enfrentamientos.

Y cuando papá llegaba nos golpeaba. Nuestras pequeñas nalgas quedaban destruidas: rojas, en carne viva, marcadas a látigo. Sabíamos que había algo del otro lado del dolor, del otro lado del ardor. Desde nuestras espaldas y fundillos irradiaba un calor ardiente, el fuego consumía nuestras cabezas, pero sabíamos que había algo más, algún lugar a donde papá nos estaba llevando con todo esto. Lo sabíamos porque él era meticuloso, porque era preciso, porque se tomaba su tiempo.

Y cuando nuestro padre se iba, nosotros queríamos ser padres. Cazábamos animales. Nos arrastrábamos por la inmunda quebrada, buscando sapos y culebras de agua. Sacábamos los pichones de pájaros de sus nidos. Nos gustaba sentir el palpitante de los pequeños corazones, la lucha de las diminutas alas. Acercábamos sus caritas de animales a las nuestras.

“¿Quién es tu papi?”, decíamos, y después nos reíamos y los metíamos en una caja de zapatos.

Siempre más, siempre hambrientos buscando más. Pero había momentos, momentos de silencio, cuando nuestra madre estaba durmiendo, cuando no había dormido en dos días y cualquier ruido, cualquier crujir de escalones, cualquier puerta cerrándose, cualquier risa ahogada, cualquier voz por baja que fuera podía despertarla. En esas mañanas cristalinas y quietas, cuando queríamos protegerla,

a esa mujer confundida, desbalanceada, efusiva, con sus dolores de espalda y sus dolores de cabeza y su manera de estar siempre cansada, esa criatura desterrada de Brooklyn, esa mujer que siempre hablaba con dureza, y siempre tenía lágrimas en los ojos cuando nos decía que nos amaba, ese amor confundido, ese amor necesitado, su ternura... en esas mañanas, cuando la luz del sol entraba por las grietas de las persianas y se instalaba en nítidas líneas sobre nuestra alfombra, en esas silenciosas mañanas, cuando nos preparábamos papillas de avena y nos echábamos bocabajo con lápices de colores y papeles, con canicas de vidrio que teníamos el cuidado de no hacer sonar, cuando nuestra madre estaba dormida, cuando el aire no olía a sudor o a mal aliento o a humedad, cuando el aire estaba limpio y liviano, en esas mañanas, cuando el silencio era nuestro juego secreto y nuestro regalo y nuestro único logro... queríamos menos: menos peso, menos trabajo, menos ruido, menos padre, menos músculos y piel y pelos. No queríamos nada, sólo eso, sólo eso.

2 Herencia

Cuando llegamos de la escuela papá estaba en la cocina, cocinando y escuchando música y sintiéndose bien. Abanicó el vapor que salía de la olla, aplaudió y se frotó las manos con fuerza. Sus ojos estaban húmedos y brillaban con un impulso vital. Subió el volumen del estéreo y se oyó el mambo, era Tito Puente.

“Atención”, dijo, y comenzó a girar con gracia en un solo pie empantufado, con la bata de baño flotando a su alrededor. Tenía en la mano una espátula de metal, brillante y grasienta, que golpeaba en el aire al ritmo de los bongós. Mis hermanos y yo, los tres, nos quedamos en la entrada de la cocina, riéndonos, con ganas de entrar en el baile, pero esperando nuestro turno. Papá se acercó sobre el piso de linóleo con sus pasos en *staccato* hasta donde estábamos nosotros y arrastró a Joel y a Manny al baile, agarrando sus brazos debiluchos y haciéndolos saltar detrás de él. A mí me sujetó por las manos y me hizo deslizarse entre sus piernas y salir al otro lado. Después brincamos alrededor de la cocina, siguiéndolo en un trencito, como pequeños gansos. Levantábamos los puños delante de nosotros y movíamos las caderas al ritmo de las trompetas.

Había cosas calientes en las hornillas, chuletas de cochino friéndose en su propia grasa y arroz español borbotando espuma debajo de la tapa. El aire estaba denso y lleno de vapor, olor a especias y ruido, y la pequeña ventana sobre el fregadero estaba nublada.

Papá subió todavía más el volumen del estéreo. Tan alto que si yo hubiera gritado nadie me habría oído, tal alto que me parecía que mis hermanos estaban lejísimo y era imposible llegar a ellos, aun cuando estaban ahí, justo delante de mí. Papá agarró una lata de cerveza de la nevera y seguimos con los ojos el camino

de la lata hacia sus labios. Entonces nos dimos cuenta de la cantidad de latas vacías que se apilaban en la mesa detrás de él y nos miramos unos a otros. Manny torció los ojos y siguió bailando, así que nosotros hicimos una fila y seguimos bailando también, sólo que ahora íbamos detrás de Manny.

“Ahora muévanse como si fueran ricos”, nos gritó Papá, con una voz muy fuerte que se escuchaba por encima de la música. Y nosotros bailamos en la punta de los pies con las narices levantadas y tocando el aire por encima de nuestras cabezas con los dedos meñiques.

“Ustedes no son ricos”, dijo Papá. “Ahora muévanse como si fueran pobres”.

Encogimos las rodillas, cerramos los puños y estiramos los brazos hacia afuera; meneamos los hombros y echamos las cabezas hacia atrás, salvajes y sueltos y libres.

“Tampoco son pobres. Ahora muévanse como si fueran blancos”.

Nos movimos como robots, tiesos y angulosos, sin siquiera sonreírnos. Joel era el más convincente. Yo lo había visto practicar en el cuarto algunas veces.

“Ustedes no son blancos”, gritó Papá. “Ahora muévanse como puertorriqueños”.

Hubo una pausa mientras nos preparábamos. Después bailamos el mambo lo mejor que pudimos, tratando de hacerlo de manera suave y seria, y de sentir el compás en los pies y el ritmo más allá del compás. Papá nos miró por un rato, recostado en la mesa y tomando largos tragos de cerveza.

“Estúpidos”, dijo. “Ustedes no son ni blancos ni puertorriqueños. Miren cómo baila un hombre de raza pura, miren cómo se baila en el guetto”. Cada palabra se escuchaba a gritos sobre la música, así que era difícil saber si estaba molesto o si sólo se estaba burlando.

Papá bailaba y nosotros tratábamos de ver qué lo hacía diferente de nosotros. Fruncía los labios y mantenía una mano en el estómago. Su codo estaba alzado, su espalda recta, pero había soltura y libertad y confianza en cada movimiento. Traté de mirar sus pies pero algo en el modo en que se movían y se retorcían uno delante del otro, algo en la línea del torso, me obligaba a mirar su cara, su nariz ancha y los ojos oscuros entreabiertos y los labios fruncidos que al mismo tiempo gruñían y sonreían.

“Esta es su herencia”, dijo, como si a través del baile pudiéramos conocer su propia infancia, los sabores y la esencia de los vecindarios del Harlem hispano y del sur de Brooklyn, los salones de baile y los parques de la ciudad y su mismo papá, cómo lo golpeaba, cómo le enseñó a bailar; como si pudiéramos escuchar el idioma español en sus movimientos, como si Puerto Rico fuera un hombre en bata de baño, agarrando otra cerveza de la nevera y levantándola para beber,

con la cabeza hacia atrás, todavía bailando, todavía haciendo pasos y vueltas sin perder nunca el compás.

3 El Lago

Una noche insoportable, en medio de una ola de calor, papá nos llevó al lago. Mamá y yo no sabíamos nadar, así que ella se agarró de la espalda de papá y yo me agarré de la de ella y papá nos llevó a un pequeño paseo, estirando los brazos delante de él y sacudiendo las piernas debajo de nosotros, nuestras piernas arrastrándose a través del agua, relajadas y quietas, los dedos de los pies curvados hacia arriba.

Cada tanto mamá me señalaba alguna cosa que valía la pena ver, un pato dejándose caer en el agua, la cabeza sostenida hacia atrás en el cuello, las alas revoloteando enfrente, o un bicho en el agua con largas y delgadas patas que hacía ondas sobre la superficie del lago.

“No tan lejos”, le decía ella a papá, pero él seguía nadando, suave y lentamente, y la orilla detrás de nosotros se estrechaba y se volvía más fina y curva, hasta que se convirtió en un hilo imposible, oscuro y remoto.

En el medio del lago el agua era más oscura y más fría, y papá nadó justo sobre un montón de hojas finas y negras como el carbón. Mamá y yo tratamos de quitarnos de encima las hojas, pero teníamos que sostenernos con un brazo, así que las hojas terminaron enrollándose en nuestros cuerpos y pegándose a nuestras costillas y piernas como si fueran sabandijas. Papá levantó algunas en el aire con el puño cerrado y las hojas se disolvieron entre sus dedos y se desintegraron en pequeños puntos en el agua y unos pececitos marrones del tamaño de cigarrillos, aparecieron para comerse los pedacitos de hojas.

“Hemos llegado muy lejos”, dijo mamá, “llévanos de regreso”.

“En un momento”, dijo papá.

Mamá comenzó a hablar sobre lo poco natural que era que papá supiera nadar. Dijo que nadie nadaba en Brooklyn. La mayor cantidad de agua que ella había visto en un mismo lugar era cuando uno de los hombres del edificio abría el hidrante y el agua salía a borbotones. Dijo que ella nunca se había dejado mojar por el chorro de agua como lo hacían otros niños, porque le parecía muy fuerte; prefería quedarse un poco más lejos, donde la acera se encontraba con la calle, y dejaba que el agua le mojara los talones. “Ya me había casado y parido tres hijos antes de que me metiera en algo más hondo que un charco”, dijo.

Papá no contó cuándo ni dónde había aprendido a nadar, pero para él era imprescindible aprender todo lo que se relacionaba con la supervivencia. Tenía toda la voluntad y todos los músculos, iba camino a volverse indestructible.

“Supongo que es lo contrario contigo, ¿no?” me dijo mamá. “Tú creciste en medio de todos estos lagos y ríos, y tienes dos hermanos que nadan como un par de peces en una pecera. ¿Por qué no has aprendido a nadar?”

Me hizo la pregunta como si me estuviera acabando de conocer, como si las circunstancias de mi vida, mis intentos aparatosos y aterrorizados en el lado hondo, aquella vez en la piscina pública, cuando el salvavidas de la escuela me arrastró y vomité en la grama agua de la piscina hasta por los ojos, setecientos ojos mirándome, todos los gritos y chapuzones y silbidos detenidos por un momento, cuando todo el mundo se detuvo a evaluar mi huesuda debilidad, a mirarme y seguirme mirando, esperando que llorara, que fue exactamente lo que hice; como si solamente ahora se le hubiera ocurrido a mamá lo raro que era que yo estuviera ahí, agarrado a ella y a papá, y no con mis hermanos que habían corrido a meterse en el agua, se habían dedicado a ahogarse el uno al otro, y después habían corrido hacia afuera y desaparecido entre los árboles.

Por supuesto, era imposible para mí responderle, decirle la verdad, decirle que tenía miedo. La única que tenía derecho a decir eso en nuestra familia era mamá, y la mayoría de las veces ella ni siquiera tenía miedo sino que le daba flojera subir al ático o lo decía para hacer que papá sonriera, para que le hiciera cosquillas y se acercara a ella, para hacerle saber que ella en realidad solo tenía miedo de quedarse sin él. Pero yo, yo hubiera preferido soltarme y deslizarme en silencio hasta el fondo negro del lago antes de admitir delante de alguno de ellos dos que tenía miedo. Pero no tuve que decir nada, porque papá respondió por mí.

“Él va a aprender”, dijo. “Los dos van a aprender”, y nadie habló por un largo rato después de eso. Vi la luna estallar en luz sobre el lago, vi pájaros oscuros volar en círculos y gritar, el viento levantó las ramas de los árboles, los pinos se afilaron; sentí el agua del lago más fría y olí las hojas muertas.

Más tarde, después del incidente, papá nos llevó a casa. Iba sentado detrás del volante, todavía sin camisa; en la espalda, el cuello y la cara lucía arañazos cruzados, algunos eran sólo profundas líneas rojas y piel rota, otros ya estaban convertidos en costras y en otros todavía brillaba la sangre fresca, y yo también tenía arañazos –porque ella había entrado en pánico y cuando él se le escapó, ella se había agarrado de mí–. Más tarde, papá dijo, “¿De qué otra manera van a aprender?”.

Y mamá, que casi me ahoga, que había gritado y llorado y clavado sus uñas en mí, que había estado más desesperada y salvaje de lo que nunca me hubiera imaginado que podía ser; mamá que estaba tan rabiosamente furiosa que había mandado a Manny a sentarse al frente con papá y se había sentado atrás en medio de nosotros, abrazándonos, mamá respondió recostándose sobre mí y abriendo

la puerta mientras íbamos a toda velocidad. Miré afuera y vi el pavimento borroso pasar a toda prisa por debajo, el hombrillo convirtiéndose en un oscuro barranco de piedras. Mamá mantuvo aquella puerta abierta y preguntó, “¿Qué!?! ¿Quieres que le enseñe a volar? ¿Debería enseñarle cómo volar?”

Entonces papá tuvo que detenerse a un lado de la carretera y calmarla. Nosotros tres salimos del carro y caminamos por el borde y sacamos nuestros pitos y orinamos en la cuneta.

“¿De verdad fue ella la que te arañó?”, preguntó Manny.

“Trató de subir hasta mi cabeza”.

“¿Qué tipo de...?” comenzó a decir, pero no terminó. En vez de eso, levantó una piedra y la lanzó lo más lejos que pudo.

Escuchábamos sus voces discutiendo en el carro, escuchamos a mamá diciendo una y otra vez, “Tú me soltaste, me soltaste”, y vimos pasar los grandes remolques, sacudiendo el carro y la tierra debajo de nuestros pies.

Manny sonrió. Dijo, “mierda, pensé que te iba a lanzar fuera del carro”.

Y Joel también se rió y dijo “mierda, yo pensé que ibas a volar”.

Cuando finalmente volvimos al carro, mamá estaba de nuevo sentada adelante y papá manejó con una mano en su cuello. Esperó hasta el momento perfecto, hasta que nosotros nos quedamos quietos y en silencio y estábamos pensando en lo que vendría, en nuestras camas esperándonos en casa, y entonces volvió la cabeza a un lado, mirándome sobre el hombro, y me preguntó, curioso y amigable, “entonces, ¿te gustó tu primera lección de vuelo?”. Y hubo una explosión de risa en el carro. Todo estaba bien de nuevo.

Pero el incidente se quedó conmigo y en la noche, ya en la cama, recordé cómo papá se había alejado de nosotros, cómo nos había mirado indiferente mientras chapaleábamos y luchábamos, cómo necesitaba evitar que mi mamá me agarrara y no me soltara, cómo me había dejado hundir cada vez más abajo, y lo que descubrí ahí cuando abrí los ojos: una oscuridad verdinegra, un mundo submarino, terror. Me hundí por un largo rato, desorientado y retorciéndome, y luego de pronto estaba nadando –sacudiendo las piernas y extendiendo los brazos como papá me había enseñado y elevándome hacia la luz y explotando en el aire; y luego esa primera bocanada que llegó hasta el fondo de mis pulmones y cuando miré el cielo me pareció que nunca había sido tan alto, tan brillante y magnífico. Recordé la urgencia en la voz de mis padres, mamá enganchada a papá otra vez y los dos gritando mi nombre. Nadé hasta su sombra que ondulaba y ahí, bajo las estrellas, me sentí querido. Nunca habían estado tan felices de verme, nunca me habían mirado con esa intensidad y esa esperanza, nunca habían pronunciado mi nombre con tanta dulzura.

Recordé cómo mamá se echaba a llorar y papá celebraba, gritando como si él fuera un científico loco y yo su creación maravillosa:

“¡Está vivo!”

“¡Está vivo!”

“¡Está vivo!”